

EL IMAGINARIO SOCIAL EN GABRIEL Y GALÁN

ÁNGEL INFESTAS GIL*

RESUMEN: Desde el concepto sociológico de imaginario social se hace una primera aproximación a la obra poética de Gabriel y Galán, a fin de verificar su adscripción más generalizada como poeta campesino. En un primer apartado, se describe el sentido y alcance del imaginario social como método de análisis de una obra literaria y en la segunda se presentan las conclusiones de una relectura de la obra propuesta desde la metodología indicada, confirmando el carácter campesino que se le atribuye.

ABSTRACT: A first approach is made to the poetry of Gabriel y Galán from the sociological concept of collective social imagery in order to verify the general classification of him as a peasant poet. In a first section, the meaning and range of social imagery as a method of analysis for a literary work is described. The second section presents the conclusions of a re-reading of his work using the methodology described, confirming the peasant nature attributed to him.

PALABRAS CLAVE: Imaginario / social / sociedad rural / campesinado

* Universidad de Salamanca.

Toda persona, todo autor –especialmente si es poeta– transmite a través de su obra una percepción determinada de la realidad tanto en su conjunto como en cada uno de los elementos que le asigna. Esta constatación adquiere un sentido especial cuando la realidad de referencia es la sociedad. Si ya resulta sugerente contemplar el cuadro de la realidad natural tal como ha sido vivido y exteriorizado por un artista, se convierte en una tarea apasionante cualquier consideración que se haga sobre la realidad social que refleja en su obra. En ésta intervienen, junto a las formas de percepción y de expresión propia, la naturaleza cambiante de lo social, su levedad, ya que la sociedad posee una consistencia que apenas va más allá de la solidez que cada uno le otorga.

En la consideración de lo social nos hallamos ante una realidad reflexiva, de segundo orden, a la que nos acercamos después de haberla vivido o mientras la vivimos. Por eso, cuando nos preguntamos acerca de la concepción de lo social en la obra de un poeta tenemos que pensar también en el procedimiento más adecuado, en el medio más conveniente para estudiarlo. En este caso, he preferido utilizar un concepto muy frecuente en la sociología actual, que pone de relieve ese carácter emergente que presenta lo social, a la vez que destaca el componente simbólico que encierra. Me refiero al concepto de imaginario social, que expondré brevemente antes de rastrearlo en la obra de Gabriel y Galán.

1. EL IMAGINARIO SOCIAL

La experiencia humana, individual y colectiva, personal y social, no se vive tan directamente como se suele creer, sino que se realiza a través de representaciones de la realidad que nos llegan inicialmente como interpretaciones de quienes nos precedieron.

A partir de ahí, en un juego complejo, difuso, multidimensional, vamos construyendo una visión del mundo que compartimos, en gran medida, con quienes forman parte de nuestro entorno social más inmediato. Es una matriz de todos los significados objetivados socialmente y subjetivamente reales, construida de tal modo que toda la sociedad histórica y la biografía de cada individuo se ven como hechos que ocurren dentro del universo. Su capacidad para atribuir significados supera ampliamente el dominio de la vida social, de modo que el individuo puede “ubicarse” dentro de esa matriz aún en sus experiencias más solitarias (Berger y Luckmann: 1978, 125 s.). Gracias a ella, las vivencias personales se hacen subjetivamente reales, desde el momento en que delimita el ámbito de lo admisible en cualquier aspecto de la experiencia humana, desde la legitimación de la biografía individual hasta el orden institucional en que ésta se desenvuelve. Es una creación incesante y esencialmente indeterminada, sociohistórica y psíquica de figuras, formas, imágenes que proporcionan contenidos significativos y los entretjen formando las estructuras simbólicas de la realidad social.

Conviene insistir en que no se trata necesariamente de contenidos reales y racionales que adquirieran una vida autónoma y, en consecuencia, sean fácilmente identificables y analizables, sino más bien son contenidos insertos desde el inicio en la experiencia humana y que constituyen la historia misma, sugiriendo la necesidad de rastrearlos constantemente en cada civilización.

Esta matriz de representaciones ha sido definida como universo simbólico por la sociología fenomenológica y como imaginario social por otras corrientes interpretativas de la teoría social contemporánea, si bien ya Durkheim se habría referido a la “conciencia colectiva” y Gurvitch a los “marcos sociales del conocimiento”.

El imaginario no pertenece al orden de experiencia individual consciente, sino más bien se trata de un “magma” de significados, un esquema que contiene elementos suficientes para construir una representación simbólica de la realidad sin que el individuo se percate de su presencia. Existe y es exterior al individuo; es compartido por los miembros de un grupo, de una comunidad, de una sociedad. A la vez que informa sus relaciones, les proporciona las claves para comprender y legitimar sus comportamientos individuales y colectivos; les hace “plausible”, admisible, la realidad que les envuelve, les ayuda a comprender sus comportamientos y creaciones.

Básicamente, proporciona a los individuos una condición transhistórica en cuanto que sitúa a cada uno de ellos en un orden de realidad que va más allá, que trasciende, sus experiencias más inmediatas, ese *bic et nunc* que delimita ineludiblemente su vida. El imaginario social les proporciona los criterios fundamentales para admitir la realidad presente y configurarla.

En consecuencia, lo imaginario informa, da forma, a aquello que es admitido como realidad: “Esos imaginarios no son representaciones, sino esquemas de representación. Estructuran en cada instante la experiencia social y engendran tanto comportamientos como imágenes reales” (Ledrut: 1987, 45). Gracias a ellos, la realidad aparece dotada de consistencia y certidumbre: lo real queda finalmente institucionalizado como la definición de aquello que es aceptado como tal.

Como subrayó Castoriadis, lo asumido cotidianamente como una inquebrantable realidad social no es otra cosa que una solidificada interpretación construida a partir de lo imaginario, el cual, de este modo, delimita un umbral de una realidad incuestionable y aproblemática. Imaginarios sociales son aquellos esquemas, contruidos socialmente, que nos permiten percibir algo como real, explicarlo e intervenir operativamente en lo que cada sistema social se considere como realidad (Pintos: 1999, 4).

Resumiendo estas consideraciones introductorias, se puede decir que el imaginario social es simultáneamente:

- a) Un lugar o ámbito de creación de *imágenes con sentido* que nos permiten acceder a la interpretación de lo social.
- b) Un lugar de lectura y *codificación/decodificación* de los mensajes socialmente relevantes.

- c) Un esquema que permite configurar/deformar la *plausibilidad* de los fenómenos sociales.
- d) No se trata de una representación concreta (signo, símbolo, etc.), sino de un *esquema (abstracto) de representación* hacia los que se orienta la referencialidad social (el “poder”, el “amor”, la “salud”, etc.).

“La función de los imaginarios sociales consiste en proveer a determinados fenómenos sociales de una consistencia especial que se suele denominar con el nombre de *realidad* (y contraponer, por lo tanto, con lo “ficticio”, la “apariencia”, el “simulacro”, la “utopía”, etc.)” (Pintos: 1994, 33). Se trata de ese estructurante originario, fuente de lo que se da cada vez como sentido indiscutible e indiscutido, soporte de las articulaciones de lo que importa y de lo que no importa, origen del exceso de los objetos de inversión práctica, afectiva e intelectual, así como individual y colectivo.

La trama sobre la que se construye el imaginario social está formada por el tiempo y el espacio como coordenadas básicas sobre las que se vive la experiencia humana y se elaboran las representaciones que le dan sentido. Pero conviene precisar el alcance de estas dos categorías.

El *tiempo imaginario* es el tiempo donde se colocan los *límites* del tiempo y los *períodos* del tiempo [...]. La periodización del tiempo es parte del magma de significaciones originarias de la sociedad en cuestión. Así, las eras cristiana o musulmana, las “edades” de oro, plata o bronce, los eones, los grandes ciclos mayas, etc. Esta periodización es esencial en la institución imaginaria del mundo y en el caso de la sociedad rural presenta un carácter eminentemente cíclico, de acuerdo con el año natural.

Pero conviene resaltar que, a pesar de su periodización, el tiempo imaginario no se concibe de manera lineal (pasado-presente-futuro), sino que se le considera desde la *duración*, desde la persistencia de significaciones.

No concebimos que los fenómenos sociales se ubiquen en *momentos temporales discontinuos*, que se determinen como objetos cuya existencia como “cosa” aparece o desaparece puntualmente, sino que lo que convierte determinados fenómenos de la experiencia en sociales es precisamente su permanencia, su *duración*. Un hecho, un fenómeno social, una experiencia existe, es *real* mientras *dura* su influencia. La duración implica una tensión entre dos situaciones entre un “no ser aún” y “continuar siendo todavía”. Es un modo de *continuidad en la existencia*” (Pintos: 1994, 10).

Junto a ese tiempo social, se encuentra *el espacio* como coordenada de la experiencia que puede ser objeto de una consideración doble. Por una parte, el espacio se refiere a la ubicación física de los seres en un territorio. Por otra, es ubicación social, en cuanto que coloca hombres y cosas en una estructura socialmente determinada. En ambas manifestaciones, pero sobre todo en la segunda, el espacio está marcado por significaciones sociales. Esta afirmación supone, en primer

lugar, la existencia de relaciones establecidas, duraderas y consistentes; y en segundo lugar, la constatación de que esas relaciones están jerarquizadas. En el espacio del imaginario los significados sociales forman parte de una estructura social que perdura mediante el proceso de institucionalización. Los fenómenos sociales no institucionalizados carecen de “espacio” en la estructura social y, en consecuencia, son pasajeros y efímeros, se encuentran en el margen exterior del sistema.

Para concluir esta aproximación al concepto de imaginario social, cabe decir que es un esquema interpretativo de la realidad que se diferencia de otros como la ciencia, la ideología y la creencia¹. La naturaleza del imaginario social se circunscribe, como la religión o el mito, a un dominio de la experiencia humana difícilmente evaluable a partir de criterios de racionalidad diseñados desde el positivismo científico; pertenece a otro orden de la experiencia social y está estrechamente vinculado con lo irracional, con la sinrazón.

2. EL IMAGINARIO SOCIAL DE GABRIEL Y GALÁN

El mismo título del Congreso que acogió esta ponencia resume la opinión más generalizada sobre nuestro poeta, nos aproxima a su imaginario social. Gabriel y Galán fue un “*poeta campesino*”: todo su mundo interior, su aproximación a otros seres, sus relaciones con otros hombres, su proyección más allá de los límites de su aldea, el sentido del mundo y de la vida adquieren realidad desde un imaginario que se puede definir genéricamente como “campesino” y que era el imaginario social predominante en la sociedad rural tradicional.

Conviene notar que no se pretende ofrecer una descripción del imaginario social campesino universal, ya que sin salir de España encontramos formas históricas variadas de sociedad rural tradicional; ni tampoco se va a definir el imaginario propio del mundo rural que predominaba en estas tierras en las últimas décadas del siglo XIX y las primeras del siglo XX. Con todo, quiero subrayar cómo la sociedad rural tradicional y sus formas de imaginario social similares a la que encontramos en Gabriel y Galán perduraron hasta no hace tanto tiempo².

Me voy a limitar, por tanto, al imaginario social de Gabriel y Galán tal como se revela en su obra y, como guión utilizaré el perfil pluridimensional elaborado en

1 La distinción básica que establece cada uno de estos conceptos se refiere al conocimiento/ignorancia en el caso de la ciencia, el pensamiento verdadero o falso, en el caso de la ideología, y la creencia verdadera/errónea en el caso de la creencia... Mientras que el imaginario social fija supuestos de relevancia/opacidad en relación con la realidad considerada (Pintos: 1999, 3).

2 En una exposición recientemente celebrada en Salamanca sobre la figura de Filiberto Villalobos pudimos observar su presencia hasta los años cincuenta del siglo XX, con una persistencia de condiciones de vida, de actitudes y comportamientos, que acentúa el carácter rupturista que tuvieron los años sesenta y setenta en la sociedad española.

los años sesenta del siglo pasado en el marco teórico de los "Peasant Studies"³. Desde esa perspectiva, como rasgos más característicos del campesinado se señalan:

1. La centralidad de la familia como unidad social básica.
2. La aldea como entorno social inmediato.
3. La estrecha vinculación a la naturaleza.
4. La ciudad como antítesis.
5. La dependencia campesina.

Antes de pasar a su análisis pormenorizado de estos rasgos, es conveniente recordar el carácter sistémico del imaginario social; es decir, todos los elementos indicados se encuentran en estrecha relación con todos los demás, de modo que el análisis de cualquiera de ellos nos conduce necesariamente a la consideración de los demás y facilita tanto la comprensión de su sentido como el entendimiento del conjunto de que forman parte.

1. CENTRALIDAD DE LA FAMILIA COMO UNIDAD SOCIAL BÁSICA

Con mucha más importancia que en otros tipos de sociedad, la familia campesina ocupa el lugar central en la vida social de sus miembros. Más que en cualquier otro tipo la familia es simultáneamente unidad de vida y unidad de producción, *hogar y hacienda*, pero de tal manera interrelacionadas ambas dimensiones de la vida familiar que resulta muy difícil deslindar el ámbito de sus competencias respectivas.

A partir de esta primera constatación se pueden comprender los perfiles que presenta su *estructura interna*, en la que cabe distinguir cuatro categorías más importantes de papeles sociales.

En primer lugar, está el esposo-padre-amo, como responsable último de cuanto acontece en la familia y a la familia, sobre todo en relación con la hacienda familiar. Las cualidades que deben adornarle se orientan todas ellas hacia el desempeño de ese papel social tridimensional.

Eran los campos su vivienda hermosa;/ los del hogar, sus pensamientos hijos;/ su eterno amor, la esposa;/ su eterno afán, los hijos;/ su instrumento, el arado; el bien querer, su natural deseo;/ y el bien obrar, su natural estado" (*Ana María*⁴, 202 s.)

En segundo lugar, la esposa-madre-ama ocupa el centro del hogar: "la vida en la alquería giraba en torno a ella, pacífica y amable, monótona y serena" (*Ama*, 36).

3 En mi tesis doctoral *Crisis rural y escuela. Estudio de la sociedad rural y su escuela en la provincia de Zamora* (Madrid: Universidad Complutense, 1984) se recoge una síntesis de esta corriente teórica, elaborada a partir de los trabajos de Sevilla Guzmán y de Shanin, entre otros.

4 En las referencias a la obra de Gabriel y Galán se utiliza la edición de sus obras completas realizada en 1961 por la Editorial Aguilar.

O también en *Mi montaraza*, donde enumera sus virtudes. Sus cualidades han de servir como criterio y ejemplo para valorar a las jóvenes casaderas, a las mozas.

Los hijos son considerados también desde esa doble perspectiva: como apoyo afectivo y como garantía de persistencia del patrimonio familiar. El hijo es como el sol que da la vida a los padres (*Los dos soles*). De ahí la tragedia que supone su muerte, como se manifiesta a través de sentimientos profundos de dolor y pena ante la soledad de la madre que perdió a su hijo (*Lo inagotable*).

Por último, como miembros de la familia también se cuentan los criados. Las relaciones existentes entre amo y criado en la obra de Gabriel y Galán son complejas y ambivalentes, sin que puedan explicarse únicamente en términos contractuales. ¿Cómo se puede entender, si no, la reacción de los criados ante la muerte del ama:

Mudos de casa salen,/ mudos pasan el día en sus faenas, tristes y mudos vuelven/ y sin decirse una palabra cenan; que está el aire de casa/ cargado de tristeza,/ y palabras y ruidos importunan/ la rumia sosegada de las penas (*El ama*, 39).

La aportación al mantenimiento de la hacienda y, en consecuencia, al mantenimiento del hogar del amo les confería el derecho a unas relaciones especiales, cuasifamiliares, que establecían entre ellos vínculos estrechos de mutua dependencia, aunque no siempre eran relaciones idílicas, como puso de manifiesto cuando constataba los cambios de actitud en *Los pastores de mi abuelo*, que habían dejado de ser criados sumisos para rebelarse contra su situación.

Estos rasgos estructurales de la familia campesina dan lugar a un conjunto de actitudes que han sido agrupadas en el concepto de *familismo* y que se encuentran con cierta frecuencia en la obra que estudiamos:

1. El sentimiento de pertenencia a la unidad familiar por parte de sus miembros, según las categorías indicadas, de modo que todos los demás son extraños a medida que se alejan de ella.
2. La completa integración de las actividades individuales en el logro de los objetivos familiares.
3. El principio de solidaridad familiar, según el cual la hacienda es patrimonio de la familia, que, por eso mismo, está obligada a sustentar a los miembros que la componen, asistirles en la necesidad y defenderles contra cualquier ataque de los "extraños".
4. El interés y la preocupación por la continuidad de la familia, como se pone de manifiesto cuando se plantea la independización de algún hijo para formar un hogar nuevo.

Estas actitudes generales que definen el familismo de la sociedad campesina se manifiestan, a su vez, en la fuerte institucionalización del noviazgo, mediante el necesario consentimiento de ambas familias a las relaciones entre los jóvenes y la estipulación precisa de las condiciones económicas sobre las que se va a fundamentar la familia nueva.

En su poema *Ana María*, además de cantar las excelencias de la moza casadera, describe con detalle el ritual previo al noviazgo formal: cómo van desfilando ante ella los mozos pretendientes, mostrando lo mejor de su hacienda y lo que pueden aportar al posible y deseable nuevo hogar, y el control directo que ejercían las familias sobre estas pretensiones de noviazgo...

2. LA ALDEA COMO ENTORNO SOCIAL INMEDIATO

A partir de esta unidad social central, se extendía el espacio social del campesino, ampliándose en primer lugar a la aldea, a la comunidad rural, como entorno social más inmediato, donde prevalecían relaciones sociales de carácter primario, basadas en fuertes vínculos de consaguinidad, servidumbre y vecindad. La aldea era la expansión social de la familia.

Conviene destacar la forma de integración de los campesinos en la estructura social de la aldea. No lo hacían a título personal, como individuos, sino en cuanto miembros de una familia, en la que ocupaban una posición social determinada. Por otra parte, cada familia también ocupaba un puesto determinado en la estructura social jerarquizada existente en la aldea, en función de la importancia de su hacienda y del prestigio social que tradicionalmente se le atribuyera. Así, en la obra de Gabriel y Galán se pueden distinguir como grandes categorías sociales: los ricos, los pequeños campesinos, los jornaleros y los pobres, aunque la distinción entre los pobres y las dos categorías anteriores era muy tenue y tenía, con demasiada frecuencia, carácter coyuntural, ya que bastaba una enfermedad prolongada para que una de esas familias tuviera que sacrificar su menguada hacienda pasando a engrosar el grupo de los pobres. ¿Cómo no recordar los versos desgarrados de *El embargo*?

Junto a ellos se encuentran los artesanos, que frecuentemente simultaneaban su actividad profesional con el trabajo en el campo.

Por último, en la época de Gabriel y Galán ya existía un sector numéricamente reducido, pero muy influyente, que, en cierto modo, hacían presente a la ciudad y a sus poderes en la aldea: cura, maestro, médico, boticario, juez... Como difícilmente se integraban en la comunidad campesina, tampoco ésta les consideraba miembros plenamente suyos.

La aldea, en cuanto comunidad, limita realmente el horizonte del campesino en su experiencia cotidiana. Vivencias, conocimientos, intereses y motivaciones se encierran en ese entorno más inmediato, en que vive. El exterior es el mundo de los otros, hacia los cuales se pueden tener sentimientos de afinidad en la medida en que se comparten con ellos elementos culturales, históricos o religiosos. Desde esas afinidades Gabriel y Galán amplía los límites de la aldea a la ciudad de Salamanca, a Castilla, a España y a los países hispanoamericanos, "pedazos de Patria enriquecida", al mismo tiempo que exige respeto a estas fidelidades primarias, comparando al que abandona su tierra y la olvida con el cuco:

Naturaleza ha querido/ que cada ser dé una nota,/ viva un campo y tenga un nido:/ orden sabio y bien sentido/ que sólo el cuco alborota,/ pues tiene la mala maña/ de que los huevos que pone/ se incuben en casa extraña (*Brindis*, 112).

La aldea como grupo de referencia más inmediato impone su control sobre las conductas de sus miembros hasta un grado inimaginable en otras formas de relación social. Este control ha sido definido como “publicismo”, según el cual todo comportamiento tiende a ser conocido por todos y existe una fuerte presión social para imponer pautas de conducta uniformes de acuerdo con la posición que cada uno ocupa en la estructura social de la aldea.

3. LA VINCULACIÓN A LA NATURALEZA

Antes de seguir desarrollando el imaginario social campesino de Gabriel y Galán desde sus coordenadas espaciales, debemos detenernos en una característica que atraviesa transversalmente todo el imaginario y que ocupa un puesto preferente en toda su obra. Me refiero a la inmediatez y dependencia en relación con la Naturaleza o “Natura”, como le gusta escribir.

Más que ningún otro trabajador el campesino vive sometido a los ciclos biológicos y a las limitaciones que le impone el medio físico en que se encuentra. Esta dependencia le obliga a una adaptación específica a las condiciones atmosféricas, a los ciclos anuales de siembra y cosecha, a la fertilidad del suelo y al abonado de la tierra, a los ciclos reproductivos de los animales. Frecuentemente, las actitudes originadas en estos condicionantes ha sido definido como “sentido cósmico de la vida” y, a veces, han derivado hacia un cierto fatalismo cósmico, en cuanto reconocimiento de la propia impotencia ante la Naturaleza.

Sin ignorar el peso de las inclemencias que dificultan el trabajo campesino, ya sea labrador o ganadero, Gabriel y Galán manifiesta una actitud idealizada frente a la Naturaleza, a la que considera fuente del saber verdadero (*¿Qué enseña Naturaleza/ que no se deba aprender?*). Los fenómenos atmosféricos se utilizan como expresión/representación de los estados anímicos humanos; la fertilidad y los ciclos reproductivos sirven para manifestar la bondad de Dios; el comportamiento de los animales se presenta como modelo para los humanos; el campo como templo donde habita y se manifiesta la divinidad, alcanza su máximo esplendor cuando se construye una ermita ... Las cualidades que ennoblecen a cualquier hombre o mujer encuentran su ejemplar en la Naturaleza:

Que la abeja es laboriosa,/ que la tórtola es sencilla,/ que la hormiga es hacendosa;/ que se esconde, que no brilla/ la violeta pudorosa... [...] Eso Natura enseña/ y eso la moza aprendía./ Quien era mozo soñaba,/ yo era poeta y cantaba,/ Dios es bueno y bendecía (*Ana María*, 194 s.).

4. LA CIUDAD COMO ANTÍTESIS

Esa vinculación tan afectiva con la Naturaleza adquiere sus perfiles más definidos cuando se contraponen campo y ciudad, como formas irreductibles de vida social, que mantiene entre sí relaciones dialécticas.

En la obra de Gabriel y Galán la ciudad es presentada como la antítesis del campo en todos los aspectos. De ahí que todo cuanto suponga exaltación de la relación inmediata con la Naturaleza, según veíamos antes, acentúa su visión negativa de la ciudad.

Como rasgos negativos que nuestro poeta atribuye a la ciudad encontramos, especialmente en *Regreso* (pp. 57 y ss.):

- Ámbito donde reina la fama, a la que rinden culto de rodillas ciudadanos que se creen libres y sabios.
- Ámbito donde se estudia la vida en vez de vivirla, y se enseñan cosas inútiles.
- Lugar de la hipocresía, mundo donde reina el artificio, el culto a la novedad, la superficialidad (100 ss.)

Conocen allí todos/ los secretos del Arte y de la Ciencia;/ saben de varios modos/
faltar a la verdad con elocuencia;/ saben negar, audaces,/ saben reír, satíricos feroces;/
saben gustar, voraces/ las mieles de las mieles de los goces,/ y saben ser flexibles,
distinguidos,/ hablar con gran finura/ y obrar con descoco... / ¡Saben vivir
unidos/ amándose muy poco! (61).

La ciudad, a la que acudió con noble ambición de aprender, no le enseñó nada, “ni ella me dio sabiduría tanta/ como a cualquier le infundió Natura/ ni a cantar aprendí con más dulzura/ que la que puso Dios en mi garganta” (62). Versión del dicho salmantino: “Quod natura non dat Salmantica non prestat”.

Además, la ciudad es el lugar donde viven los descreídos que injurian a Dios, sin conocerlo, precisamente porque, al no tener contacto con la Naturaleza, no pueden admirar la obra que entregó a los hombres.

Si es verdad que no lo encuentran, aturdidos/ de la mágica ciudad por el estruendo,
que se vengan admirarlo aquí en sus obras,/ que se vengan a adorarlo en sus efectos,
en el seno de esta gran Naturaleza... (Desde el campo”, 319).

No obstante, conviene precisar que esta valoración tan negativa de la ciudad y de la vida urbana, cambia profundamente cuanto se refiere a algunas ciudades concretas en las que encontró acogida y aceptación para su obra, en las que encontró amigos que apreciaban su poesía. Salamanca aparece frecuentemente como la ciudad del saber. En su *Brindis*:

Que quepan en ella [en la tonada] quiero/ la aldeilla y la ciudad,/ ambas con
vivir entero/ que es en aquella granero/ y aquí la Universidad./ Aquél da al cuerpo

vigores,/ ésta da al alma ideales.../ Sudor de mil labradores/ y sudor de cien doctores/ son dos tesoros iguales (114).

La misma actitud positiva hacia la ciudad se encuentra cuando se refiere al homenaje que le tributaron en Cáceres (que ha venío p'acá de las Jurdis/ un muchacho que sabi de letras...), o cuando alaba la acogida que la Cruz Roja de Plasencia dispensó a los soldados que regresaban de la guerra de Cuba (*La Cenéfica*), o cuando relata su viaje a Zaragoza (*Del charrete al baturrito*).

Pero la ciudad también es el lugar donde moran los amos, ajenos a los trabajos y desventuras de sus renteros. Esta última valoración de la ciudad nos lleva a la cuestión de la dependencia como rasgo propio del campesinado.

5. LA DEPENDENCIA CAMPESINA

Cuando se habla de la sociedad rural como realidad social dependiente, se pone de manifiesto en qué medida esta forma de vida viene determinada por decisiones adoptadas fuera de su ámbito e interiorizadas por los mismos campesinos como parte fundamental de su autoimagen.

Si bien la manifestación primordial de la dependencia campesina es eminentemente económica (la extracción de excedentes), la explicación radical de la misma hay que buscarla en la relación asimétrica que existe entre la sociedad rural y sociedad urbana o, mejor, en las relaciones de poder entre los grupos que controlan la sociedad urbana y la sociedad campesina en su conjunto. Se trata, pues, de una dependencia fundamentalmente política, con base económica, que se manifiesta también en el ámbito cultural.

Gabriel y Galán sitúa el centro de la dependencia económica de los campesinos en las relaciones entre amos y renteros. Aunque es un tema recurrente en gran parte de su obra, hay dos poesías donde aborda el problema con toda crudeza: *Cuentas del tío Mariano* y *Surco arriba y surco abajo*.

En la primera, mientras araba el tío Mariano en una tarde de perros:

...miraba al volver la yunta,/ las torres de la ciudad./ Allí los amos estaban/ de aquel pedazo de llano,/ ya convertido en pantano/ por lluvias que no amainaban (52).

Y echaba sus cuentas, que no acaban de cuadrar:

¡Ahora tanto pa calzar,/ tanto en vestir y en comer.../ (Y no hablaba de beber,/ porque era hablar... de la mar.)/ Tanto pa contribuciones,/ tanto pa renta y simiente... Y así fue del remanente practicando sustracciones.

A pesar de todo seguían faltando seis fanegas de grano para poder ir tirando:

puso cara de ansiedad,/ dijo con pena mirando y el cuerpo zarandeando,/ las torres de la ciudad:/ Si hogaño fuese allá un día/ y el amo bajar siquiera/ seis fanegas..., ¡cualquiera,/ cualquiera me tosía...!

En este sentido adquiere una relevancia especial la poesía *Surco arriba y surco abajo*, que fue leída en la función celebrada en el teatro Bretón ante Alfonso XIII. Aquí es el tío Roque quien se rebela contra esa dependencia, mientras ara con sus vacas “Triguerona” y “Temeraria”. Después de tanto trabajar,

...ni cuasi el trabajo le sacas... y no tienes cara/ pa cuadrarte y decir que lo debes,/ pero no lo pagas.../ y lo cual es mejor no decirlo,/ pues no habiendo vergüenza no hay nada./ ¿Vuelve, Triguerona! ¡Vuelve, Temeraria!

Y en las estrofas finales las cavilaciones del tío Roque indagan los motivos por los que vino el rey a Salamanca; en ellas nuestro poeta expone las inquietudes sociales que se perciben a lo largo de toda su obra.

Yo no sé, pero me magino/ de que el rey no vendrá a ver la Plaza,/ que en el mismo Madrid habrá muchas,/ no agraviando a la nuestra, tan guapas./ Me magino de que él no se fía/ y que viene a oserver lo que pasa,/ porque hacienda en poder de criaos/ se la lleva en un verbo la trampa./ Me magino que viene a enterarse/ de si tiras p'adelante u atrasas,/ de si siembras, u comes, o ayunas,/ u pierdes u ganas./ De modo y manera/ que en queriendo fijarse una miaja,/ se ha de dir al Palacio enterao/ de má e cuatro lástimas,/ que, si a mano viene, podrá remediártelas,/ u siquiera poner los posibles,/ que en pusiéndolos bien no te fallan.../ Yo no sé; pero yo me magino/ de que el rey no vendrá a ver la Plaza./ Y si sólo la Plaza le enseñan/ los de Salamanca.../ ¡Para, Triguerona! ¡Tente, Temeraria! (106).

Esa dependencia también se manifiesta en lo cultural. Desde el momento en que la cultura no rural, urbana, es impuesta como universal, la cultura rural limita su validez al medio en que se produce y aún en él es objeto de contraste e, incluso, de negación por parte de los miembros no campesinos de la comunidad rural, sobre todo si son representantes oficiales del poder, si son funcionarios.

El campesino vive una especie de dualismo, que en nada le favorece. Dentro de su propio medio, se acomoda a pautas culturales que le permiten la supervivencia como individuo y como grupo, que posibilitan la convivencia entre los miembros de su comunidad y de otras comunidades afines, al establecer unas bases mínimas para ello. En su relación con individuos procedentes de medios sociales distintos, sobre todo de medios urbanos, se encuentra coartado al no dominar ciertos recursos simbólicos. De ahí que esta situación provoque en él dos reacciones aparentemente contrapuestas: asumirá el mito de la “ignorancia” campesina, reconocerá su escaso dominio de la cultura urbana impuesta como universalmente válida; pero, como respuesta a ese sentimiento de inferioridad, tenderá a descubrir y

acentuar aquellos aspectos ridículos de la cultura urbana, castigando con la hostilidad y la ironía a quienes, considerándoles superiores, poseen pautas culturales disfuncionales en el medio rural en que se encuentran.

Como muestra de esta actitud podemos recordar *Varón*, una de sus poesías extremeñas, donde describe cómo no deber ser la educación y la vida de un campesino, al ridiculizar con fino humor cómo la educación recibida en la ciudad ha convertido al hijo del campesino en lo que ahora llamaría un “metrosexual”:

Ca instanti se lava,/ ca instanti se peina,/ ca instanti se múa/ toa la vestimenta,/ y se encrespa los pelos con jierros/ que se lo retuestan,/ y en los dientes se da con boticas/ de una cacharritos que tieni en la mesa,/ y remoja el moquero con pringues/ n'amás pa que güela./ Jiedi a señorita/ dendi media lengua! (235).

Educación urbana que, además, le ha incapacitado para resolver los problemas elementales en la vida cotidiana del pueblo, como es cálculo del aceite que toca a la familia en la almazara, teniendo en cuenta los cuartillos, tercias y quintas. Después de

...empringar tres papeles/ de rayas y letras.../ ijo que el acieti que a mí me tocaba/ era “pi minus erre”, ¿te enteras?/ ¡Pus pues dil jacindu/ las sopas con ella!/ ¿Y eso son saberes? ¡Esas son fachendas! (236).

Ante todo esto, su postura es clara y decidida. Para evitar que la situación educativa del hijo empeore, decide:

Hay que dil a buscalo ca y cuando:/ que venga, que venga:/ porque, mira: ¡me jiedín los hombres que son medio hembras! (238).

A MODO DE CONCLUSIÓN

Tras ese somero repaso a la obra poética de Gabriel y Galán desde el concepto de imaginario social, se confirma claramente la opinión generalizada sobre nuestro autor como “poeta campesino”. Desde su vivencia más personal e íntima del medio social al que perteneció toda su vida, los fenómenos experimentados adquieren esa consistencia especial que les confiere la categoría de reales en la percepción de sus protagonistas y de sus observadores, siendo los otros, los producidos fuera, expresiones de vida ficticia y aparente.

El imaginario social, que definíamos campesino, proporcionó a Gabriel y Galán un esquema referencia implícito y no consciente mediante el cual distinguió con nitidez las fronteras de su mundo social, con el que se identificaba. En ese mundo las imágenes creadas alcanzan sentido pleno, si bien realizó este proceso de

formación de la propia identidad como miembro de esa categoría tan importante en la sociedad campesina como eran los amos.

Esa posición social privilegiada, su formación como maestro y su empatía solidaria, de raíz explícitamente cristiana, le permitieron captar los sentimientos y vivencias más profundos de sus paisanos, y plasmarlos en un cuadro, a la vez, realista y utópico, de la sociedad rural tradicional en Castilla y Extremadura.

REFERENCIA BIBLIOGRÁFICA

- BERIAIN, J. "El imaginario social moderno: politeísmo y modernidades múltiples". En *PURE-SOC. Lecciones magistrales*, 2003.
- BERGER, P. y LUCKMANN, T. *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires: Amorrortu, 1978.
- CARRETERO PASIN, A. E. "La noción de imaginario social en Michel Maffesoli". *Revista Española de Investigación Sociológica*, 104, 2003, pp. 199-209.
- CASTORIADIS, C. *La institución imaginaria de la sociedad*. Vol. 1. Barcelona: Tusquets, 1983.
- GABRIEL Y GALÁN, J. M. *Obras completas*. Madrid: Aguilar, 1961.
- GÓMEZ MARTÍN, F. *El campo salmantino en la poesía de Gabriel y Galán. Paisajes, figuras y costumbres*. Salamanca: Diputación de Salamanca, 1992.
- *Gabriel y Galán, intérprete del 98*. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca, 2003.
- INFESTAS GIL, A. *Crisis rural y escuela. La sociedad rural y su escuela en la provincia de Zamora*. Madrid: Universidad Complutense (tesis doctoral), 1984.
- LEDRUT, R. "Société réelle et société imaginaire". *Cahiers Internationaux de Sociologie*, 82, 1987, p. 45.
- MAFFESOLI, M. (ed.). "The Social Imaginary". Monográfico de *Current Sociology*, vol. 41, n. 2, 1993.
- PINTOS, J. L. "Los imaginarios sociales (La nueva construcción de la realidad social)". <http://web.usc.es/~jlpintos/articulos>, 1994.
- PINTOS, J. L. "Los imaginarios sociales del delito: La construcción social del delito a través de las películas (1930-1999)", 1999. <http://idd00qm.eresmas.net/articulos/delitocine.htm>.